

REVISTAS O PERIODICOS EN PROVINCIAS SON UNA TONTERIA...

Por DON ATO

No sé si recordareis la novelita de aquel buen hombre que se negaba a pagar la cuenta de un restaurán porque el mozo le había dado un mondadientes de inferior calidad. ¡Esto es una estafa! Y como hay aquello de que seamos hermanos y no primos, se negó a pagar su cuenta o por lo menos impuso la condición de que se le rebajase dos centavos.

Y yo no sé si habeis oido esta otra.

Un honrado comerciante acababa de tributar una fiesta en honor a un funcionario que pasó, de visita, por su provincia. Berrearón los vacunos sacrificados y una docena de gallinas levantaron un murmullo sordo de protesta en la cocina. El lechoncito dijo: "Uy! Uyyyyy!" muchas veces hasta que la cuchilla le abrió un boquete en la garganta.

Hubo pesa. Los dulces hicieron honor a la hospitalidad provinciana. Alguien palideció después de la comida y pensó con nostalgia en una tableta de comprimidas de *vichi*. Y cuando uno de los miembros del séquito del funcionario manilense tuvo un conato de rebelión ante un asado de "carajay," el anfitrión puso el grito en el cielo: "Como, honorable, no quiere usted de eso? Jesús! Y es la especialidad de mi señora. Vaya, usted nos ofende. Tome, tome de eso. Y todavía queda aquí esta caldereta. Siga ya, coma sin verguenza".

Y el honorable pensó que se iba a desmayar. Al aflojarse el cinturón dió libertad a un resoplido glotón y la cabeza se le fué en un largo y agonizante mareo.

Cuando se fué la comitiva, el generoso magnate provinciano se dijo muy orondo: "A ver que dicen ahora estos de Manila. He gastado unos mil pesos, aunque a la verdad todavía creo quedarme corto en el cálculo."

Y entonces asomó la criada por una puerta: "Mang Juan, aquí está el de los huevos. Pide 30 centavos por la docena".

Hecho un basilisco, el regio anfitrión escupió: "Treinta centavos? Ladrón de él. Ofrécele veinte."

Y claro está que a paso de tortuga por el veintidós, el veintitrés, el veinticuatro y el veinticinco, plantándose el magnate en veintisiete centavos triunfó exactamente dos horas y dieciseis minutos después, en la más gallarda y valerosa porfía que jamás entablara con un mercader. ¡He ahorrado tres centavos! gritó triunfal. Y aquella noche, pensando en el triunfo, durmió gozosamente admirado de su excelente sentido práctico.

Yo no sé si estos dos ejemplos bastaran para daros idea de la impresión que tuve, hace unos días durante un viaje por el sur, cuando un honrado expendedor de revistas y periódicos me aseguó que 10 centavos era mucho pagar, desde el

punto de vista del provinciano, por una revista, no importa si el impreso vistiese *salacot* o sebastopol.

"Imposible, buen hombre" grité indignado después de la quejumbrosa narración. Escupí por una ventana cerciorándome antes de que no daba al blanco en ningún sombrero y me repuse un tanto.

"Créame, señor, que es desesperante la vida. Un provinciano puede ser el hombre más rico y hospitalario y generoso del Archipiélago, verdad?"

Como soy de Manila, me creí en el deber de iniciar una ligera sonrisa protectora. Dije que sí entornando los ojos.

"Cuando algún forastero llega a provincias, las fiesta que le brindan los de la provincia siempre dejan un reguero de dinero... centenares las pocas veces... millares las más...".

"Si..." volví a decir con los ojos fijos en una araña que se quería comer un poste y no lo conseguía.

"En Manila un provinciano paga veinte y cincuenta centavos por una carrera en carrromata cuando se le antoja ser excéntrico y abandona su automóvil en casa".

Pensé con nostalgia en los diez centavos que yo suelo dar a un cochero razonando invariablemente que Manila es muy pequeña, cosa que el cochero siempre tiene a bien rebatirme vigorosamente.

"Sí...". La araña como no podía comerse al poste, pensó que el poste era demasiado indigno de ella y se quedó tan fresca.

"En Manila un provinciano paga centenares de pesos por una semana de estancia en un hotel. Compra ramos por cinco y diez pesos. Y cada 'sharkskin' le cuesta algo así como a los Estados Unidos la indemnización de los cañadulzales. Verdad?...".

"Hombre... a la verdad... creo que sí...", repliqué furioso. Es que la araña se negaba a reanudar la lucha y yo sentía renacer en mi un ansia incontentible de lanzarme contra el poste y derribarlo a patadas.

"Un provinciano cuando dá un banquete en el Manila Hotel suelta un cheque que, ni Arsenio Luz después de un ágape de Billiken a los periodistas de Manila. Diga que sí, diga que sí, porque no miento", porfió.

Como él lo dijo ya por mi, yo me dediqué a invitar a la araña por medio de guiños, a que se lanzase a la palestra.

Mi interlocutor quedó en silencio, fué algo así como la pitonisa en preparación. Quiso arrodillarse, pero como no encontrara el pañuelo a tiempo, optó por cruzarse de brazos, bravío, despectivo, irracundo, condenador:

"Pues bien, un provinciano, de espaldas al forastero, no quiere pagar diez centavos por una revista. Dice que eso es mucho pagar!" Y cayendo abatido en un sillón de bejuco, se cubrió la cara con las manos y rompió a llorar desconsoladoramente.

"Hombre, amigo, no hay para tanto" propuse, enternecido... "Consuélese pensando en que este magnífico ejemplo de los provincianos resalta nuestro progreso y nos coloca a la altura de los países más civilizados y cultos del mundo. Y es aquí, en este detalle minúsculo, cuando sobresale nuestra superioridad sobre el americano..."

Hice de bocina con la mano para converger mi voz en su oído, después de mirar a un lado y otro por temor a algún espía japonés.

"Usted habrá leído que en América no hay un solo obrero que no tenga por lo menos su periódico diario y su botella de leche. Que los sábados el obrero americano regresa a su casa cargado de revistas para él, para su mujer, para sus hijos... Todas estas revistas cuestan en términos generales, diez céntimos, quince céntimos o veinticinco céntimos oro... que el obrero paga sin pestañear. Y este ha sacado el ejemplo del millonario y del burócrata, que buscan su cultura de sucesos diarios con economía en tiempo y dinero, en la lectura de revistas. Como falta tiempo para los libros, han descubierto un sustituto en las revistas".

Y como él me mirara a la cara con ojos buidos, dispuesto a ayudar a la araña no contra el poste

sino contra mí, sonreí con desprecio dándole una palmada en un hombro:

"Aquí se demuestra la ignorancia del americano. Dígame ahora si los provincianos no tienen razón... Vamos, convéznase que hemos dado una lección a esos hombres tan engreídos de la República del Tío Sam..."

Cuando la araña saltó sobre mí y yo me eché a correr, no tuve tiempo de decir que cuando Bernard Shaw se ocupe de nuestros provincianos va a decir que en ellos reside la verdadera sabiduría... Bah! ¿Por qué derrochar diez centavos en una revista?

ENVOY TO CLOSER TRADE...

(Continued from page 12)

attention to visit all the provinces to get a first hand impression of the Philippines and to take back with him a clearer picture of the industrial opportunities and business advantages that might accrue between the States and the Philippines by a broader understanding of the Philippine resources and opportunities.

Mr. Thornley's efforts will tend to bring a closer trade and commercial relationship between the U. S. and the Philippines for the mutual benefit of both countries. Mr. Thornley is deeply impressed by the Philippines and its people. He believes that by a better understanding of the aspirations and interests of the Philippines and the U. S. the approach would be easier for a solution of their fundamental problems.

DOUBLE WEAR IN EVERY PAIR

SOLD AT ALL GOOD SHOE STORES IN ALL PARTS OF THE ISLANDS

Please Patronize Our Advertisers